

MADRES Y ESPOSAS EN GRECIA ANTIGUA*

NILDA LEÓN

Uno de los hitos fundamentales en la historia cultural de fines del siglo XX ha sido la aparición de la categoría de “género” que cuestiona la idea de “lo natural” y señala que es la simbolización cultural, y no la biología, la que establece las prescripciones relativas a lo que es propio de cada sexo. Esto no implica decir que no existen diferencias biológicas entre varones y mujeres, por el contrario, las investigaciones más recientes reconocen que es posible que existan diferencias sexuales de comportamiento asociadas con un programa genético de diferenciación sexual, pero estas diferencias son mínimas. La predisposición biológica no es suficiente por sí misma. Dice Marta Lamas: “No hay comportamientos o características de personalidad exclusivas de un sexo. Ambos comparten rasgos y conductas humanas.” (Lamas 1996: 107). El género es, entonces, una forma de asignación a seres humanos de propiedades y funciones imaginariamente ligadas al sexo. Los dos modos que asume el género en la mayoría de las sociedades históricas y en la actualidad -femenino y masculino - constituyen patrones de actitudes y de comportamientos que se espera que los seres humanos observen. Las distintas comunidades construyen representaciones colectivas que les permiten percibir y comprender su sociedad y su propia historia a la vez que actúan como formadoras de sus nuevos integrantes. Los individuos asumen los valores considerados masculinos o femeninos, en un proceso de adquisición de género.

Las feministas de los setenta, que introdujeron el género como categoría de análisis, luchaban contra la discriminación de las mujeres, ya que la diferencia sexual era percibida como inferioridad. La subordinación de las mujeres como grupo a los varones se justificaba, por esta supuesta inferioridad biológica, como algo “natural” e inevitable. Al reconocer que la diferencia no estaba basada, sustancialmente, en lo biológico, sino en construcciones culturales de lo femenino y lo masculino, ellas supusieron

* Esta ponencia fue leída en las *III Jornadas de Investigación de la Facultad de Humanidades* de la Universidad Nacional del Comahue (Argentina), realizadas durante los días 21, 22 y 23 de junio de 2001

que sería más fácil abolir la desigualdad entre los géneros. Pero los hechos culturales también son difíciles de modificar. Por eso nos interesa ver cómo comienza a plantearse en Grecia, cuna de nuestra cultura, la relación entre los sexos. Creemos que se logrará así una mayor comprensión de los mecanismos que posibilitaron la relegación de las mujeres y que todavía subsisten en muchos casos.

Con respecto a la situación de las mujeres en Grecia digamos que, tradicionalmente, las posturas de los helenistas han sido tres: una la de Wright quien en 1923 sostiene que las mujeres vivían recluidas en el gineceo, al estilo oriental, y eran despreciadas por los hombres; otra la de Gomme, quien propone la tesis opuesta: para él las mujeres griegas eran tan libres y respetadas como sus contemporáneas inglesas, finalmente la de Ehrenberg, que acepta que la mujer vivía encerrada y aislada de la vida cultural, pero sostiene que el aislamiento era una forma de protección, ya que eran estimadas y se les confiaba el gobierno del hogar¹. Esta diversidad de opiniones se explica por los distintos tipos de testimonios en que se basa cada historiador. Recordemos que se trabaja con materiales heterogéneos: 1) los discursos de los oradores áticos (siglo -IV), 2) El *Económico* de Jenofonte (siglo -IV), 3) evidencias arqueológicas, sobre todo vasos decorados con escenas de la vida cotidiana, 4) obras literarias (siglos -VIII al -IV) y 5) sistemas filosóficos (siglo -IV y -III). Estos testimonios pertenecen a distintas épocas y lugares de Grecia, por lo tanto, si consideramos que el género es una construcción cultural, no podemos aceptarlos como homogéneos, sino que debemos tener en cuenta las diferencias históricas y geográficas. Por otra parte, mucho se ha discutido acerca de la yuxtaposición de testimonios que, aunque pertenezcan a la misma época y lugar, provienen de distintas esferas. Al respecto, Helen King, tras revisar las concepciones de Shaw, Just y Gould, quienes postulan que hay un modelo coherente de mujer detrás de las aparentes contradicciones de las fuentes, sugiere que se da demasiado peso al problema de las fuentes. La aparente contradicción entre los testimonios expresa, según ella, la condición ambigua de lo femenino para los griegos que consideran a las mujeres, por una parte, integradas a la sociedad por su función reproductora y por otra, una amenaza al orden de la ciudad por su latente relación con el mundo salvaje. (King, 1993 : 109). De todos modos, en la actualidad,

¹ Para una discusión más amplia de estos temas puede consultarse León, Nilda. "La voz de las mujeres" en *La Aljaba, segunda época*, volumen II, año 1997 pág. 99.

prácticamente nadie discute el estatus inferior de las mujeres en la sociedad griega, sin embargo, con respecto a las circunstancias concretas de su vida, no hay uniformidad de criterios, ni siquiera cuando nos referimos al mismo lugar y período.

Atendiendo al principio de diferenciación histórica que hemos anunciado, diremos que una primera revisión de los testimonios sobre la situación de la mujer en Grecia Antigua permite observar una pérdida de prestigio e independencia que se acentúa a fines del s. IV². Nos parece, entonces, importante, aunque sea esquemáticamente, distinguir cuáles son las constantes y cuáles las variables en la concepción de lo femenino a lo largo de estos siglos. La primera comprobación es que las mujeres ocupan el ámbito del hogar, del *oikos* y cumplen casi las mismas funciones: esposa y madre, dedicada esencialmente a la crianza de los hijos y a la organización y preservación de la familia. Son las "guardianas del hogar" y regulan el trabajo de los esclavos. Su ocupación es el tejido, que incluye desde el hilado hasta la confección de las prendas, y la preparación de los alimentos y su conservación. Pero si bien a lo largo de los siglos la mujer ha seguido desempeñando las mismas tareas dentro del *oikos*, han cambiado su valoración y sus posibilidades de independencia.

En este proceso, el siglo -V ateniense parece tener un lugar muy importante, por esa razón hemos elegido estudiar la representación de las mujeres en la tragedia, conscientes de que esa representación no refleja de modo especular la situación "real" de las mujeres en Atenas sino los conflictos que se dan en la naciente democracia³. La tragedia toma sus materiales del ciclo heroico, resemantizando los mitos que constituyen el patrimonio cultural de los griegos. Los mismos trágicos se consideran discípulos de Homero y efectivamente, las representaciones de mujeres en las tragedias están más cerca de los poemas homéricos que de la tradición hesiódica.

² La situación de las mujeres en las distintas épocas y ciudades ha sido analizada en general por prestigiosas helenistas. Recomendamos la lectura de Pomeroy, S. *Diosas, Rameras, Esposas y Esclavas. Mujeres de la Antigüedad Clásica*. Madrid, Akal, 1987. Mosse, C., *La mujer en la Grecia Clásica*. Madrid, Nerea, 1986, Fantham y otras, *Women in the Classical World*, Oxford University Press, 1994, Cantarella, Eva, *La calamidad ambigua*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1996, Duby, G. y Perrot, M., *Historia de las mujeres. La Antigüedad*. Madrid, Taurus, 1991.

³ Ver al respecto León, N. "Tragedia, democracia y género en el siglo V" en *Homenaje a Eduardo Prieto*, Buenos Aires, Paradiso, 2000.

En este trabajo señalaremos las constantes entre la representación de las mujeres en la épica y en *Las Traquinias* de Sófocles y marcaremos algunas variables.

Con respecto a la situación de las mujeres representadas en los poemas homéricos se ha insistido muchas veces en la mayor libertad y prestigio que gozaban si las comparamos con las mujeres atenienses. Sin embargo, sus funciones esenciales son las mismas: madres y esposas.

En *Iliada*, la particular relación afectiva entre madres e hijos está descrita con admirable fineza en los casos de Tetis y Aquiles y Hécuba y Héctor. Tanto la madre divina como la mortal tratan de proteger al hijo, de alejarlo del combate y sufren su muerte como un desgarramiento. Este dolor que causa la guerra a las madres se multiplica en cada uno de los casos en que, en pocas palabras, el poeta nombra a uno de los combatientes en el momento en que va a morir y preanuncia el sufrimiento de la familia, sobre todo el de la madre.

El otro papel destacado es el de "esposa". Hagamos la salvedad de que no hay un término griego que cubra el mismo significado que el nuestro, en realidad cuando usamos la palabra esposa estamos aludiendo a relaciones de pareja más amplias y flexibles⁴. Encontramos dos parejas contrapuestas en *Iliada*: los "culpables", Paris y Helena, los que sufren las consecuencias sin ser responsables de la guerra: Héctor y Andrómaca. Los lazos que unen a estas parejas son de naturaleza distinta: la relación entre Paris y Helena está basada en el deseo, la de Héctor y Andrómaca, en el afecto. Esto es fácil de comprobar contraponiendo la escena del canto III, en la que Helena se enfrenta con Afrodita que la insta a dirigirse al lecho donde la espera Paris, con la escena del encuentro entre Héctor y Andrómaca en el canto VI. Las oposiciones no terminan allí, la pareja "culpable" es estéril, Andrómaca lleva a su niño en brazos. Helena pretende que Paris asuma las consecuencias de sus actos y participe en el combate. Andrómaca trata de que Héctor no se arriesgue.

Hay otra pareja importante en *Iliada*: Priamo y Hécuba. En los ancianos se destaca el afecto y el respeto. Hécuba se preocupa por su marido casi como si fuera un hijo más. Pretende retenerlo cuando se dirige a las naves aqueas para rescatar el cadáver de Héctor pero no logra convencerlo. En las relaciones interpersonales, las mujeres son tratadas con respeto y afecto

⁴ Esta opinión sostiene Benveniste en *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, Madrid, Tauros, 1983, p. 135 y siguientes.

tanto por sus hijos como por sus maridos. El afecto se extiende a las cautivas con que conviven los héroes, Briseida, en el canto I, se convierte en motivo de la disputa entre Aquiles y Agamenón, por ser la representación objetiva del honor del héroe, sin embargo, Aquiles en La Embajada plantea, no ya que le han quitado una parte del botín que le había sido asignado, sino que no sólo los Atridas aman a sus mujeres (Canto IX) .

La esposa ocupa un lugar importante dentro de la familia, sin embargo las palabras de Andrómaca a Héctor (Canto VI) dan cuenta de la triste situación en que quedan la viuda y los hijos en caso de muerte del padre. El padre es el único que puede procurarles sustento y fundamentalmente defensa de los ataques exteriores. La función del padre se caracteriza por la actitud protectora, si él muere la familia queda indefensa frente a los ataques del exterior. La especialización de funciones es muy clara: cuando Andrómaca le sugiere a Héctor estrategias defensivas para evitar los enfrentamientos con los griegos en la llanura, su marido le recuerda que la guerra es cosa de hombres. Pero, si bien no son tenidas en cuenta las opiniones de las mujeres que se refieren a asuntos que son propios de varones, hay que destacar que ellas hablan libremente.

A pesar de que el ámbito propio de las mujeres es el hogar, en *Ilíada* ellas desempeñan otras funciones de importancia, sobre todo en el terreno religioso: Hécuba es quien ofrece un peplo a Atenea para rogar por los troyanos, ella guarda las llaves del templo (Canto VI). También son las mujeres las que tienen a su cargo los rituales a los muertos. Las lamentaciones de Hécuba, Andrómaca y Helena ante el cadáver de Héctor así lo prueban.

Una situación similar se da en la *Odisea*. En el hogar, Penélope espera veinte años el regreso de su marido Ulises. Ella encarna un modelo de esposa que se ha tomado como ejemplo durante siglos. Fiel a su esposo, sensible al punto de prorrumper en llanto, a veces sin motivo aparente, inteligente, capaz de engañar a los pretendientes con la artimaña del tejido, aun cuando no pueda deshacerse de ellos. Su conducta se contrapone a la infidelidad de Clitemnestra, de la que Agamenón se queja en la Nekia. Ella es la griega que personifica un tipo de *oikos* especial frente a las mujeres que intentan retener a Ulises: la ninfa Calipso y la maga Cirse. Dos mujeres con una potencia divina que aparecen solas en sus moradas, sin maridos y sin hijos, pero que tienen poder suficiente para influir en la vida de los varones.

Penélope es la esposa y también la madre. Como madre es respetada por Telémaco quien trata de evitarle dolores ocultándole su partida.

Los otros *oikos* presentados dentro del mundo "normal" son los visitados por Telémaco. En el palacio de Menelao, Telémaco es agasajado como huésped, Helena está presente, rodeada de sus esclavas e interviene en la conversación, a la par de su marido. En el país de los Feacios, descrito como si fuera un reino helénico, la reina Arete es quien toma las decisiones, tal como le manifiesta Nausicaa a Odiseo. La presencia de la reina en el palacio y las palabras con que se dirige a Odiseo, son, para algunos, huella de un matriarcado o por lo menos de una filiación matrilineal.

Tanto en *Ilíada* como en *Odisea* aparecen también concubinas y esclavas, pero, a pesar de que no hay ninguna crítica a la poligamia, en ambos poemas se plantea lo difícil que resulta tener más de una mujer en la misma casa. La historia de Fénix en *Ilíada* III, que enamora a la concubina de su padre a instancias de su madre celosa o la de Laertes, en la *Odisea*, que compra a Euriclea a su padre como concubina, pero luego no sube a su lecho por respeto a su esposa, son pruebas de ello.

En conclusión, podemos decir que en los poemas homéricos las mujeres son tratadas con respeto y afecto, independientemente de la naturaleza de la relación que las une al varón.

En *Las Traquinias* se plantea qué sucede cuando Heracles pretende introducir otra mujer en el hogar que comparte con su esposa Deyanira. En efecto, la obra trata el regreso de Heracles después de una expedición. Su esposa lo espera ansiosa y a temerizada. La noticia de su llegada la llena de alegría pero pronto se entera de que no viene solo. Lo precede Licas que conduce al palacio un grupo de mujeres tomadas como esclavas en la conquista de la ciudad de Eurito. Entre ellas está Yola, la joven hija del rey. Heracles la trae como concubina, tras atacar la ciudad con el solo objeto de apoderarse de ella. Deyanira no se siente capaz de competir con una mujer más joven y, en su desesperación, envía a su esposo un supuesto filtro mágico con el objeto de hacer renacer en él el deseo hacia ella. Pero el filtro es en realidad un veneno que mata lentamente a Heracles en medio de horribles dolores. Tarde se da cuenta Deyanira de que había confiado en quien no tenía ninguna razón para beneficiarla. En efecto, el filtro lo había obtenido, mucho tiempo atrás de un moribundo, de Neso, el centauro asaeteado por Heracles cuando pretendía violarla. Al enterarse del efecto

del veneno y ante la acusación del hijo, que la cree culpable de asesinato, Deyanira se suicida. Heracles, que aparece en escena al final de la obra, ordena a su hijo realizar el ritual fúnebre, pero también casarse con Yola.

En esta obra también los papeles esenciales son los de esposa y madre.

Como madre, Deyanira es respetada y obedecida por el hijo y su condición merece un tratamiento especial, tal como lo demuestra Hilos cada vez que se dirige a ella. Cuando Hilos cree que Deyanira ha envenenado intencionalmente a su padre reniega de ella: *¡Oh, madre! ¡Cómo desearía una de estas tres cosas: que tú no estuvieras viva, que, estando viva fueras llamada madre de otro o que tuvieras un corazón mejor que el que tienes ahora.* (versos 734-737)⁵. Al escucharlo, Deyanira no se defiende y parte en silencio. Este comportamiento del hijo es una de las causas de su suicidio. El amor que siente hacia el hijo es correspondido por éste quien manifiesta su dolor ante el cadáver de su madre. Así lo narra la nodriza: *Al verla el hijo rompió a llorar, pues comprendió, infortunado, que había ejecutado ese acto a causa de su cólera, informado demasiado tarde por los de la casa de que ella había hecho esas cosas siguiendo los consejos del centauro.* (versos 932-935)

Si bien no se advierten diferencias con respecto al papel de madre entre la épica y esta tragedia, sí debemos destacar cambios en el papel de esposa que manifiestan la existencia de tensiones en las relaciones entre varones y mujeres en la Atenas del siglo V.

El primero es que se expresa explícitamente el miedo que sienten las mujeres al matrimonio. Deyanira narra en el prólogo de la obra cómo, siendo doncella, es pretendida en matrimonio por el río Aqueloo y cómo Heracles se presenta, lucha por ella y la obtiene en un duelo como esposa. El terror que le produce la boda con el río no se expresa como algo individual, por el contrario: *para ninguna mujer fue tan terrible el temor al matrimonio*, nos dice. De su afirmación se deduce que el paso de las mujeres al matrimonio produce temor, la experiencia de Deyanira, solicitada por un monstruo no por un hombre, tiene sólo una diferencia de grado con la de otras mujeres. El rechazo hacia el matrimonio con el río es, básicamente, un rechazo al lecho, a la relación sexual. Destaquemos que Deyanira prefiere morir antes de concretarla.

Otro aspecto novedoso es que la vida de la mujer casada es presentada por la protagonista como una etapa signada por el temor y el dolor: *Pues,*

⁵ La traducción es personal y está basada en la edición de Lloyd-Jones y Wilson, *Sophoclis fabulae*, Oxford, 1990.

desde que me uní en el lecho elegido con Heracles, alimento siempre temor tras temor, preocupándome por aquél; una noche me trae un sufrimiento, la siguiente me lo quita, dice Deyanira en el prólogo de la tragedia (versos 27-30). Esta consideración negativa del matrimonio reaparece en el primer episodio cuando se dirige al coro de doncellas. Deyanira marca un profundo contraste entre estas dos etapas de la vida de una mujer: Las doncellas viven felices y sin aparente relación con el mundo adulto : *Pues, la juventud padece en sus propios prados y no la turban ni el sol ardiente, ni la lluvia ni ninguno de los vientos, sino que lleva entre placeres una vida sin trabajo.* (versos 140-143). A esta feliz despreocupación de las doncellas, Deyanira opone la situación de la mujer casada, que caracteriza como de constante zozobra. El matrimonio significa para todas un cambio violento y traumático, ya que lo que les toca es una preocupación constante por el marido y los hijos: *hasta que una es llamada mujer en lugar de doncella y toma su parte de preocupación en la noche, temiendo por el marido o por los hijos.* (versos 144-146). La oposición entre doncella y mujer casada es tajante. La despreocupación de las doncellas contrasta con la preocupación de la *guné*, los placeres de la juventud con los temores de las casadas.

Otra diferencia interesante es que en esta tragedia se plantea muy explícitamente el aspecto conflictivo de la entrega de la hija en matrimonio. La forma en que se obtiene la esposa en *Traquinias* es la tradicional: en Grecia la mujer es siempre dada por el padre al varón tanto como esposa o como concubina, y ese don incluye, en el caso de la esposa, no sólo a la mujer, sino también a la dote⁶. El novio, por su parte, la mayoría de las veces, entrega al padre de la mujer los regalos, que consisten generalmente en cabezas de ganado. Muchas veces, sin embargo, el varón obtiene a su mujer de otras maneras, como recompensa por algún favor realizado al futuro suegro, o como premio de un certamen. El intercambio de regalos entre el padre y el futuro marido sella una alianza entre ambos, y garantiza que la mujer es dada como esposa con el fin de prolongar el linaje del marido. Es una transacción entre varones, en la que la mujer no tiene ninguna injerencia. En *Las Traquinias* se insiste especialmente en la impotencia de las mujeres que ven cómo los varones deciden su destino. También se plantea la difícil situación de un padre frente a los pretendientes de una hija. Deyanira no nos relata explícitamente cuál fue la actitud de su

⁶ Un desarrollo de este tema se encuentra en Leduc, Claudine. "Cómo darla en matrimonio" en *Historia de las mujeres* op. cit., pág. 252-313. También Gernet, L., *Antropología de la Grecia Antigua*, Madrid, Taurus, 1984, Vernant, J. P., "El matrimonio" en *Mito y sociedad en Grecia antigua*, Madrid, S. XXI, 1982.

padre, pero podemos suponer que, si bien no rechazaba al pretendiente, temeroso de su furia, daba largas al asunto y posponía la entrega de su hija. La llegada de Heracles, que se enfrenta al río, es providencial. Por su parte, el padre de Yola se niega a entregarla a Heracles, pero no puede salvarla y causa la destrucción de la ciudad y su propia muerte. Las mujeres son causas de conflicto para sus parientes masculinos, sin desearlo y sin poder evitarlo están representadas como motivo de guerras entre los hombres. Son víctimas de violencia y causa de violencia.

La presencia de cautivas es normal en la épica, pero a diferencia de los poemas homéricos en que nada se decía de su dolor, en *Las Traquinias* se hace visible el sufrimiento de Yola: sometida al asesino de su familia sólo puede llorar en silencio. Su suerte suscita la compasión de Deyanira, cuando aun no sabe quién es. Yola es el ejemplo de la inestabilidad de las cosas humanas, pero principalmente de la impotencia y la triste suerte que acecha a las mujeres: de princesa pasa a ser esclava a causa de su belleza. Deyanira describe el horror de esa situación y el miedo que le produce, sin embargo, están acentuadas las semejanzas entre ellas: ambas fueron obtenidas por las armas, su consentimiento no fue requerido, ambas fueron separadas de su familia paterna y ambas se encuentran indefensas frente al varón. El mensajero denomina de la misma forma a Deyanira y a Yola: compañera de lecho. Por otros testimonios sabemos que la diferencia esencial entre la esposa y la esclava tiene que ver con la relación de poder dentro del *oikos*, pero este aspecto es apenas insinuado en la obra, lo que se destaca es la impotencia de las mujeres.

Por su parte, también se hace evidente en esta tragedia que las mujeres no son tratadas con el mismo respeto que en la épica, tampoco se manifiesta el afecto hacia ellas. En ningún momento Heracles piensa en el dolor que puede causarle a Deyanira al traer consigo otra mujer. Más aun, cuando el veneno comienza a consumirlo, la acusa inmediatamente y la maldice, sin concederle ni siquiera una duda. Ante la noticia de su suicidio, sólo lamenta no poder matarla con sus manos y cuando se entera de que ella ha cometido un error al tratar de retenerlo, ni siquiera se compadece. No vuelve a hablar de ella y se preocupa sólo de los detalles de su cremación y de la suerte de Yola.

Si bien en la obra queda claro en los discursos de todos los personajes que la mujer debe aceptar la voluntad del varón⁷, se destaca también que el *oikos* de Heracles tiene características especiales, dado que el padre no permanece en él. Ya desde el prólogo se contrasta la dedicación de Deyanira con la falta de responsabilidad de Heracles con respecto a su familia. Ella le reprocha esta situación en varias oportunidades. El papel protector del padre está aludido. Deyanira es consciente de lo que significaría la muerte de Heracles para ella y sus hijos: *porque o nos salvamos si aquél salva su vida o nos destruimos con él*, dice al enviar a su hijo en busca del padre. Tal como en la épica, el varón está a cargo de la defensa de la esposa y los hijos, sin embargo Heracles está ausente.

En conclusión, podemos decir que en *Las Traquinias* observamos las funciones femeninas tradicionales, tal como aparecen en los poemas homéricos, sin embargo, se hace explícita la violencia cometida contra las mujeres y la resistencia de éstas. La tragedia presenta de manera destacada el triste destino de las mujeres. A través de una escritura masculina se hacen perceptibles el terror a la violación, las desdichas de las casadas y, fundamentalmente, la impotencia frente a los varones que deciden su destino.

Universidad Nacional del Comahue, Argentina
 Centro de Estudios Clásicos y Medievales
 Centro Interdisciplinario de Estudios de Género

N. LEÓN

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Lamas, Marta, "La antropología feminista y la categoría "género" " en *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, 1996.
- King, Helen, "Bound to Bleed: Artemis and Greek Women" en Cameron, A., *Images of Women in Antiquity*, London, Cameron and Kuhrt, 1983.

⁷ Ver León, N., "Norma y conducta en *Las Traquinias* de Sófocles" en *Voces en Conflicto, Espacios en Disputa. Actas de las VI Jornadas de Historia de las Mujeres y I Congreso Latinoamericano de Estudios de Género*. Bs. As. U.B.A. 2000.